

La memoria herida

M^a Luisa Siquier

Este texto es la comunicación de M^a Luisa Siquier en la presentación del libro «Los chicos del exilio» de Diana Guelar, Vera Jarach y Beatriz Ruiz¹

Todo ser humano tiene una reserva de fuerzas, cuya medida desconoce y sólo en la extrema adversidad puede ser valorada. Cada persona es un objeto tan complejo, que es inútil prever su comportamiento y mucho menos en situaciones límite, ni siquiera es posible prever el comportamiento propio.

El sufrimiento se inscribe en nuestras historias, como un corte en el tiempo. Y en esta escisión de la temporalidad, el lamento o el asombro llaman a un tiempo original donde se manifiesta nuestro deseo de vivir, a través de las resistencias que lo obstaculizan. Allí donde quisimos la salud encontramos la enfermedad y la muerte, allí donde quisimos la riqueza dimos con la pobreza, y así con todo lo demás. Después de haber sido puestos a prueba continuamos deseando las mismas cosas, pero ya no somos más realmente como antes. «Yo» no soy más la imagen que tenía de mí. Aquello que imaginaba de mí se modificó, se transformó, ha sido alterado. No puedo borrarlo, para restaurar la imagen ideal de mí mismo. El deseo de amar y de vivir subsiste, pase lo que pasare, pero no es ya idéntico a la manera como lo imaginaba.

En el sufrimiento lo que nos sucede va siempre en sentido contrario a lo que habíamos imaginado. Somos conducidos por un camino que no queríamos recorrer, que no conocíamos. Allí somos contrariados. En un intento indefinido de restauración de la imagen desaparecida, podemos intentar negarla, no saber nada de ella. Esta tentativa que tiene su fuente en el sentimiento de culpa, nos revela otra alteridad que si podemos librarla de sus ataduras, puede llevarnos al descubrimiento del encuentro y la invención.

De esto, y mucho más, da cuenta este libro pensado y hablado por adultos de su adolescencia exiliada y sufriente, rica en matices y

descubrimientos. A través de entrevistas muy bien realizadas, aparecen variados testimonios en que el exilio como tema central nos permite pensar y sentir con los autores la problemática de los ideales de los adolescentes y los múltiples duelos, que se añaden a los que de por sí toda adolescencia incluye (por los padres de la infancia, por el cuerpo infantil). Estos duelos asumen características únicas en sus historias. Se trata de las persecuciones ocurridas durante la feroz dictadura militar, llamada eufemísticamente Proceso, de padres, hijos, hermanos y amigos que los obligan a exiliarse, no a emigrar. Esta diferencia aparece recortada con nitidez cuando hablan de sus abuelos inmigrantes, que pasaron por vicisitudes diferentes, aunque a través de la nostalgia se marquen las pérdidas dolorosas. Pero predomina el «elegimos este camino». En estos chicos como antecedente está el miedo a la muerte, a ser secuestrados por su militancia, sus contactos con los que desaparecen y que les llevan a abandonar su tierra querida, por su voluntad o instados y ayudados por sus padres.

Generalmente, el exilio se duplica, bien porque no se adaptan al nuevo lugar, por la insoportable soledad o porque un nuevo destino les ofrece juntarse con seres queridos que los apoyan y se identifican con los mismos problemas: son los amigos. Se comprenden, se solidarizan, se aconsejan, lo que les permite ejercer la fraternidad con toda su fuerza y riqueza. Pero esto tiene su contrapartida: los hermanos que quedaron vivos o desaparecidos que cubren de culpa e inhibiciones lo que ellos intentan poner en acto: vivir lo mejor posible. Son muy jóvenes, sólo han terminado el bachillerato, los recuerdos escolares son permanentes. Tienen que completarse como estudiantes. Se ganan la vida, aquellos a quienes sus padres no pueden mantener, trabajando en ocupaciones no cualificadas. El problema con los papeles está ahí, al acecho permanente. Son sobrevivientes y deben defender legalmente su sobrevivencia. A pesar de las diferencias que se perciben en cada relato, que le da al libro gran riqueza, los temas que les preocupan son

los del ser humano: el amor, la vida y la muerte. Nos cuentan cómo salieron de las trampas de la muerte y pudieron estudiar, trabajar, construir familias, tener varios hijos. Pero no olvidan y éste es el gran testimonio, uno más en el largo camino de desenmascarar a los verdugos de treinta mil desaparecidos.

En 1981, Julio Cortázar publicó en la *Revista de Occidente* el argumento de un cuento que renunció a escribir cuando descubrió que cometería un plagio porque era un libro que la historia ya había escrito.

«Un grupo de argentinos funda una ciudad sobre un cementerio». Sólo los jefes saben y callan que ésa es una «planicie alisada por la muerte y el silencio». En ella surgen los edificios y las calles. La vida se organiza y prospera. Muy pronto la ciudad alcanza proporciones y alturas considerables y sus luces, que se ven desde muy lejos, son el símbolo orgulloso de quienes han alzado la nueva metrópolis. Es entonces cuando comienzan los síntomas de una extraña inquietud, las sospechas y los temores de quienes sienten que fuerzas extrañas los acosan y de alguna manera los denuncian y tratan de expulsarlos. Los más sensibles terminan por comprender que están viviendo sobre la muerte y que los muertos saben volver a su manera y entrar en las casas, en los sueños, en la felicidad de sus habitantes. Lentamente despiertan «a la peor de las pesadillas, a la fría y viciosa presencia de repulsas invisibles, de una maldición que no se expresa en palabras, pero que tiñe con su indecible horror todo lo que esos hombres levantaron sobre una necrópolis».

La verdad de la memoria lucha contra la memoria de la verdad, dice Juan Gelman.

¿Qué sucede cuando el Estado, garante del cumplimiento de las leyes, ejerce la persecución política y provoca la desaparición forzada de personas y su posterior asesinato?

Se pierden las reglas que rigen lo social y se desarticulan los parámetros referidos al contrato narcisista.

La violencia sufrida no se puede pensar, el horror se inscribe en el psiquismo y sus marcas son difícilmente fantasmaticadas, ni puestas en sentido.

El trauma vivido afecta todo el tejido social, convirtiéndose en trauma histórico.

Genocidio es un término acuñado por R. Lemkin, a raíz del nazismo. Lo define como un crimen contra el derecho de gentes, sea cometido en tiempos de paz o de guerra.

Si la constitución misma de la subjetividad es una exigencia de trabajo para el psiquismo, tanto mayor será, si por el devenir de una historia, debe transformar un trauma (individual y social) en

proyecto de vida.

¿Qué papel juegan aquí la memoria y el olvido?

¿Cómo reinscribirse en un mito familiar, que ha sufrido amputaciones, que difícilmente son reintroducidos en el campo simbólico, para su elaboración?

Esta nueva forma de represión se basa en la total impunidad de sus procedimientos: no detiene, sino que secuestra; no juzga, sino que castiga con la muerte o una reclusión, que no puede ubicarse ni en el espacio, ni en el tiempo. Estas dos coordenadas son fundamentales en la elaboración de las pérdidas, que suponen el vivir y el enfrentarse con la propia muerte y con la de los otros.

Las condiciones que permiten que un proceso de duelo se ponga en marcha son:

1. El conocimiento directo o la información adecuada de la muerte de la persona y de sus causas.
2. La existencia de ciertos elementos simbólicos, entre los que podríamos incluir los rituales funerarios, las prácticas comunitarias y una adecuada respuesta social.

La primera de las condiciones se vincula con lo que Freud denominó examen de realidad. En *Inhibición, síntoma y angustia*, (1926) señala, «[...] el duelo se genera bajo el influjo del examen de realidad, que exige categóricamente separarse del objeto, porque él ya no existe más».

Respecto a los elementos simbólicos, a pesar de los cambios en la actitud de los hombres frente a la muerte, producidos en el correr de los siglos, los ritos funerarios, continúan siendo imprescindibles.

El rito ilustra, pauta, delimita la conciencia. Pone marcas virtuales a lo inaprensible, pone puertas al campo de lo imponderable. Se refiere al límite supremo de la muerte, que deslinda los dos mundos, el de los vivos y el de los muertos.

Con la metodología de la desaparición se produce una confluencia de otros fenómenos: la existencia en el espacio de la muerte, de un objeto desaparecido, luego de un objeto asesinado y finalmente de un objeto sin sepultura, que no ha sido refrendado como muerto, sin nombre (N.N.), sin fecha, ni lugar.²

Durante la dictadura argentina la desaparición no ha producido muertos, sino sombras, sombras perpetuas en medio de la vida y no imágenes virtuales en la memoria. El vacío ocupa el lugar de la ausencia, como la amnesia ocupa el lugar del recuerdo.

No ha permitido señalar el límite o protegerlo,

dejando tan sólo niebla o incertidumbre, en el sentido físico, si habrá muerto o no, si está entre los que se fueron o con los que se quedaron. Si no está bien protegido el límite, el allá permanece en el acá y, por reflejo, el acá se adentra a su vez en el allá.

La desaparición ha dejado la vida y la muerte entrecruzadas y por mucho que se pudiese averiguar, por mucho que se exhumase y comprobase, el límite no puede ser ya reconstruido.

El rito tiene su ocasión y su forma y cuantos datos aparezcan a deshora, no serán más que huecas abstracciones, inservibles para aquello que sólo el rito, podía haber ofrecido; la comprensión y convicción de la muerte de sus muertos, en la conciencia de los que sobreviven.

Decía Juan de Mairena, que el hombre tiene tanto amor por la verdad, que está dispuesto a aceptar la más amarga, la de la muerte. Esto es así, pero con una previa condición, la que este límite máximo y supremo, que es el que separa la vida de la muerte, aparezca bien marcado ante la conciencia, inequívocamente marcado y definido. El temor a cualquier ambigüedad atestigua rotundamente que haya sido la muerte la que ha reclamado sobre sí la protección del rito con una fuerza superior a la que pueda observarse en otra cosa alguna en este mundo.

La forma de la represión de la desaparición se basa en la total impunidad de sus procedimientos. El desaparecido se convierte en el símbolo de la impotencia, pierde todos sus derechos y queda en la dependencia total de su victimario.

La mayoría de las veces torturado y asesinado, muy pocas veces hallado su cadáver, se convierte en ese muerto vivo, que podrá aparecer, pero que al mismo tiempo, al no saberse nada de él, convierte su pérdida en irreversible. Es frecuente que en un estado regresivo como el duelo, aparezca un cierto grado de confusión, como lo muestran los sueños de los que perdieron un ser querido. Éste se mueve como si estuviera vivo, pero el soñante sabe al mismo tiempo que está muerto y el que sueña siente que en cualquier momento puede despertar y revivir. Esta situación, que es parte de un duelo reciente, es lo que aparece como característico en el duelo por un desaparecido. La confusión se entroniza mientras dura la tortura de la duda. Se dice ¿vivirá o lo habrán matado? Y si viviera, ¿cómo?

Si como una forma de salir de la confusión, a veces insoportable para la economía psíquica, se acepta la fantasía de la muerte, inmediatamente surge la culpa, y el perseguidor se coloca dentro del que ha sufrido la pérdida. Dicen «con esta fantasía lo estoy matando». Desde su propia confusión, se colocan en el lugar del verdadero perseguidor: el

represor.

Es la típica situación de lo siniestro, donde lo familiar se convierte en extraño. No hay referentes espaciales que permitan imaginar la presencia o la ausencia. Cuando los niños preguntan, no hay respuesta posible, sino la duda, que es la única y al mismo tiempo la más temida.

Dice un abuelo refiriéndose a su nieta que pregunta «¿Cómo se hace comprender el término desaparecida? ¿Cómo discriminar lo que creo y lo que puede ser? ¿Cómo evitar que un desaparecido se convierta en un mito?

Con la metodología de la desaparición se produce la confluencia de tres órdenes de fenómenos: primero la de alguien que desaparece, luego la de un muerto sin sepultura, a veces y con bastante frecuencia fue en el Río de la Plata o el Océano Atlántico. Entre ambos, un vacío que rompe la continuidad histórica y que cuando se intenta llenar, lo hace con el horror. Ese horror que nos remite, a las situaciones arcaicas de mayor desamparo, incrementadas por la caída de valores e ideales y que propician la ruptura o el esquema de representación, que da forma a todas las situaciones de separación. Son las situaciones en que cabe la despedida, que prepara al aparato psíquico para el trabajo de duelo.

La desaparición induce un funcionamiento psíquico en el sentido de una repetición traumática, por impedir representaciones temporo-espaciales, por promover un vacío de palabras para hablar de estos hechos, por ser muertes que caen fuera de la ley, por introducir en el aparato psíquico un muerto sin sepultura. La sepultura que separa lo natural de lo histórico, lo animal de lo humano, que introduce la palabra que nombra y con ella la historia individual y generacional; la vida ha tenido un inicio y un final.

Estos elementos determinan un corte en la memoria, la hieren y desembocan en una incapacidad para pensar y fantasear sobre lo sucedido. Se hace un vacío poblado de demonios y fantasmas como los de la tortura, conocidos, negados y renegados a través de ejemplos múltiples, los que brindó Alemania y sus campos de exterminio que impiden toda posibilidad empática asegurante y recreativa.

Como relleno aparecen distintos fenómenos clínicos: intensificación de lo fantasmático, predominio del pensamiento mágico, conductas ritualizadas, rituales obsesivos, fenómenos de rumiación, episodios fugaces de pseudo-alucinaciones, y en lo social el surgimiento de los mitos.

El aparato psíquico perturbado en su capacidad de pensar, al ser atado en su racionalidad es forzado a un funcionamiento regresivo, surgiendo entonces el pensamiento mágico.

Se han observado rituales que tienen como contenido fantasías de hacer aparecer el desaparecido, de evitarle el sufrimiento o de mantenerlo vivo.

Otras conductas dramatizan rituales funerarios inacabables, que intentan sustituir los ritos sociales faltantes e indispensables para la elaboración del duelo.

En otros casos fantasías sadomasoquistas, intentan organizar sentimientos de odio y venganza.

La imposibilidad de construir una realidad fáctica se rellena con un fantaseo estéril y muy angustiante, que se repite, que no permite el olvido necesario y el reemplazo por la fantasía creadora.

Es difícil reconstruir lo que pasó, «la verdad de la memoria lucha contra la memoria de la verdad.»

En el duelo normal durante un cierto tiempo, el yo niega una parte significativa de la realidad. Al negar la muerte del objeto de amor, no quiere aceptar una realidad dolorosa, pero lentamente retira la libido del objeto, pues la realidad le demuestra que el objeto no existe más. El yo, que no quiere compartir el destino del objeto, se deja llevar por la satisfacción narcisista de estar vivo y desata su ligazón del objeto muerto. Si hay elaboración, pasa al recuerdo y a la memoria. Así el yo se reconecta e inviste nuevos objetos de amor.

En el caso de desapariciones, esto sólo ocurre si el yo acepta la desaparición, la tortura, el asesinato, la no sepultura, la puesta en sentido de su muerte, con un costo suplementario, dado que lo social aún no ha resuelto el tema forzando al olvido.

Según lo plantea Micheline Enríquez (1990) habría dos formas de memoria y de olvido.

Una memoria no memorable, repetitiva, inalterable frente al paso del tiempo, que se presenta como una amnesia desorganizada, no ligada. Compuesta por una red de inscripciones como las producidas por el bebé en los momentos inaugurales de la vida y que pertenece al pasado incognoscible como tal.

Algunos indicios como repeticiones, reminiscencias insólitas e insistentes, reacciones y gestos estereotipados nos permiten deducir sus marcas. Desde el comienzo, queda capturada por el inconsciente, de allí su carácter imborrable, su dimensión prehistórica y su fuerza. La capacidad de ensoñación de la madre y su memoria, su sensibilidad para las vivencias de bebé. Su

ligazón a través del tacto y la voz son apoyo para el mantenimiento de impresiones dentro de una envoltura corporal y psíquica continente.

Ni ligazón, ni dominio están al alcance del bebé librado a sí mismo. Como no es posible restituir esta memoria por rememoración, se recurre a lo imaginario deductivo.

En el duelo por hijos desaparecidos es este estrato arcaico, en el que lo que la madre siente como la falta de su cuidado frente a ese monstruoso perseguidor, que ataca el cuerpo de su víctima, lo que la lleva a congelar el proceso de duelo y lo hace más inelaborable aún. La culpa ocupa un lugar prominente y convierte el trauma en repetición insimbolizable.

De ahí las frecuentes perturbaciones en esta parte del trabajo fallido, que hace su corto circuito en el cuerpo de la madre o el padre, o en la mente, produciendo enfermedades graves, depresiones insidiosas o aislamiento melancólico que a veces conduce al suicidio: la memoria del horror.

La otra memoria descrita por la autora, es la que llama olvidosa u olvidante, una amnesia organizada en transformación incesante, que se contradice, se reinscribe, se borra y resurge, se inscribe en la temporalidad, es trabajada por el pensamiento y la interpretación.

La rememoración trabaja los restos de un recuerdo, pantalla de un sueño, de un pasado rememorado, memorable, que se teje con productos de su olvido.

Entre los mecanismos que conducen al olvido, sólo la represión secundaria, conduce a una forma de olvido constructiva y la represión autoriza una restitución del pasado, bajo una forma de memoria historizante. Será un olvido conservado, por el cual lo vivido, tiene garantizada su permanencia en la psique.

Podemos hablar también de la memoria cultural colectiva, cuya función represora, participa en la constitución de una amnesia organizada que se transmite de generación en generación y que mantiene lazos vivos, pone en juego la investigación y favorece la sublimación.

Durante casi veinte años las Fuerzas Armadas y la Iglesia, mantuvieron silencio sobre los desaparecidos, ocultaron su destino, negaron lo que hicieron, crimen o complicidad, y los gobiernos de Alfonsín y Menem, los perdonaron de todos modos.

Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, los familiares, los hijos, nunca olvidaron, ni perdonaron; y a lo largo de estos años, su ejercicio de la memoria produjo un fenómeno extraordinario:

el olvido (o la voluntad de olvido) fue retrocediendo en la conciencia civil, también empujado por declaraciones de asesinos acorralados por la memoria de su propio horror.

Una encuesta reciente revela que el sesenta y cuatro por ciento de los argentinos quieren conocer el destino que corrieron los secuestrados por la dictadura militar. A la sociedad civil compete el convertir ese enorme peso ideal en hechos materiales, la aparición de la lista completa de los desaparecidos y la lista completa de los asesinos y su justo castigo. La lucha por la memoria no ha terminado aún y se anuncia prolongada.

El treinta por ciento que según la encuesta, prefiere olvidar definitivamente el infierno de la dictadura militar evoca el concepto de olvido, como el acuerdo con aquello que se oculta.

La pretensión de cercenar la memoria cívica que exhibe esa parte de la sociedad argentina, es sumamente peligrosa, conlleva una prohibición de recordar, vaciadora de los fundamentos de la civilidad y de la historia del país. Es el rechazo a rozar una fuente de duelo, para el sí mismo cívico que despeja el camino a nuevos autoritarismos.

La voluntad de olvidar el horror de la dictadura militar conduce a la falta de articulación de las subjetividades, que le niegan la entrada a ese real y por ende, un acto inscripto en la cultura de automutilación de nuestra época. Hay quienes insisten en la imposibilidad del duelo, dictada por la vigencia de la ley. Pero el dolor tiene sus leyes. El dolor reclama justicia. Para los antiguos griegos, el antónimo de olvido no era memoria, era justicia.



M.^a Luisa Siquier

Lluçanès 6, subs. 2^a A

08006 Barcelona

tel. 93 2121508

Notas

1. Editorial El País de Nomeolvides. Buenos Aires. 2002.
2. Me recuerda las siglas del decreto de diciembre del 1941 denominado sugestivamente NN (*nacht und nebel*) noche y niebla con las directrices de las órdenes de Hitler respecto a los territorios ocupados.